

TeleExpres

TARDE DE MASCARAS

CUATRO
CUARTILLAS

UN estudio de mimica, a primera vista, tiene un enorme parecido con un estudio de danza. Incluso adosada en la pared hay una barra, para hacer ejercicios...

—No le sorprendan las similitudes —me explica Albert Boadella, el maestro—. El baile como la mimica, son lenguajes corporales.

Y es curioso cómo la juventud tiende a expresarse con ademanes en lugar de hacerlo con palabras. Boadella es el alma de un grupo de mimos llamado «Els Joglars». Gozan de gran prestigio e incluso son conocidos más allá de las fronteras.

—Es la ventaja de la mimica sobre la voz —razona—. El idioma no representa para nosotros ninguna barrera.

¿En espera del idioma común, del esperanto o del ido que hablara todo el mundo, vamos a adoptar el lenguaje de los signos? ¿Quién sabe! Todo es cuestión de probarlo.

Yo he ido al estudio de Boadella para conocer a una pareja que refuerza la mimica con las máscaras. Dentro de unos días, van a presentarse en el Romea con un espectáculo titulado «Máscaras y Movimientos».

Las máscaras, como ustedes saben, hallanse presentes a lo largo de toda la historia del teatro. Tras un periodo de olvido, han resurgido. Uno de los padres del teatro moderno, el inglés Gordon Craig, confiaba mucho en ellas. Algunas actuales compañías extranjeras han dado a conocer obras que exigían a los actores el porte de máscara.

Luego de haber visto ensayar a «Máscaras y eficacia de las «carotes», que diríamos en catalán.

Albert Vidal, creador e intérprete de esta nueva tentativa escénica, refiere:

—A caso la originalidad que aportamos no-

sotros sea la preferencia por las máscaras populares. Algunas han sido dibujadas por nosotros mismos. Pero otras, con escasas variantes, proceden de los almacenes de artículos de Carnaval.

Son esas «carotes» grotescas que aman los niños, de traza idéntica a las cabezas de los «capgrossos» de las comparsas folklóricas. Poseen un poder de expresión inigualable. Con sólo aparecer, queda ya perfectamente dibujada la psicología del personaje. Crean el clima propio del «sketch», con una elocuencia plástica que no lograría la pluma del mejor literato.

Albert Vidal, a despecho de su juventud, tiene ya una larga experiencia teatral. A los dieciséis años hacia un número de «clowns» en un circo ambulante. Luego, su inquietud le llevó a París, donde se inscribió en los cursos teatrales del célebre Jacques Lecoq.

Allí conoció a una muchacha inglesa, Cee Booth, dedicada al teatro clásico. De las conversaciones que ambos sostuvieron, de un intercambio de ilusiones artísticas, nació «Máscaras y Movimientos».

Dos únicos intérpretes, que equivalen a una numerosa compañía. A telón corrido, cuando empieza la función, van desfilando los supuestos actores. Albert y Cee, enmascarados, hacen una rápida pasada ante las candilejas, desaparecen entre cajas, se cambian de máscara y salen de nuevo. Pues bien, es tan considerable la sugestión de la máscara, que cuesta aceptar que la joven pizpireta que ha salido antes sea esta vieja decrepita que desfila ahora. Y que el mozo que dos minutos antes teníamos a la vista se haya transformado en este satisfecho y orondo burgués que, desbordante de orgullo, en estos momentos pisa el escenario.

Albert y Cee, gracias a un profundo estudio psicológico y a una increíble flexibilidad física,

adaptan el cuerpo a la máscara. Es una labor paciente, obstinada, extenuante en algunos casos. Pero los resultados son maravillosos.

Uno de sus «sketchs» se titula «El té de las cinco» y es un enternecedor y cursi poema de la soledad, de la incomunicación para decirlo con palabra de ahora. Una señorita cuadragesimaria acude a la invitación de un caballero. Llega con un paquetito de dulces, mientras el anfitrión prepara el té en la cocina de su pisito de soltero... Las máscaras, con su inmensa narizota, parecen arrancadas de una historieta de esas que en «Paris-Match» publica semanalmente el dibujante Bosc. Y el número entero rezuma tristeza, fatiga, a pesar de las pequeñas ilusiones, llamas que arden un momento y pronto se apagan, de los corazones solitarios. Una auténtica obra maestra, a la cual cabe aplicar aquello de si breve, mejor.

No voy a explicar de pe a pa, lo que es «Máscaras y Movimientos», pues me expondría a disminuir el placer de sus futuros espectadores. Albert Vidal es un poeta delicado e innovador. En otro de sus «sketchs», Pierrot y Colombina hablan al claro de luna. Y el incurable romanticismo de Pierrot, sus requerimientos, sus clásicas alusiones a la Luna, encuentran en Colombina justificado rechazo, replicándole que está ya comprometida con el cosmonauta de una cápsula que va a llevarla materialmente a la Luna. ¡Mala época se prepara para los enamorados Pierrots!

Conmigo presenciaba el ensayo un chaval de cuatro años. Y voy a hacer una confesión: el lenguaje de la mimica, el argumento, lo ha comprendido mejor y más rápidamente él que no yo.

—Reconozco que los mayores estamos ya adulterados... —le he dicho a Vidal.

SEMPRONIO